

CAPITULO XI.

LOS CROSSLEY PATRONES Y EMPLEADOS.

(CONTINUACIÓN.)

El sentido de disfrutar las riquezas, con el arte de disfrutarlas, y la virtud de hacerlas participar. *PORK.*

Mis dichas no están confiadas á una sola embarcación, ni tampoco en un solo sitio; ni mi hacienda descansa en la fortuna de este año solamente. *SHAKESPEARE.*

El camino más áspero conduce á veces á la más brillante fortuna. *FRANKLIN.*

¿Quién puede encontrar una mujer virtuosa? pues tiene más precio que los rubíes. El corazón de su esposo confía seguro en ella, de modo que no tendrá necesidad de despojos... Ella busca lana y cáñamo y trabaja gustosa con sus manos.... Ella puso sus manos sobre el huso, y sus manos sostienen la rueca. Extendió su mano hacia los pobres; sí, presentó sus manos á los necesitados... La fortaleza y el honor son sus ropas; y ella gozará contenta en los tiempos venideros... Sus hijos se han puesto de pie y la han proclamado bienaventurada; su esposo también se ha levantado y ha cantado sus alabanzas. *Proverbios de Salomón.*

Hay varios dueños de grandes establecimientos que se han esforzado en combinar el principio de la cooperación con el de la fabricación, y proveer á los operarios que han contribuido á su pasada prosperidad la oportunidad de participar en sus futuros beneficios. El objeto que se han propuesto estos patrones ha sido alejar el antagonismo entre el capital y el

trabajo, y acrecentar el espíritu de contento entre los operarios. Trabajadores que han ahorrado sus ganancias, y las han depositado en los bancos de ahorros, se hallan de este modo en condición de ser socios en los negocios en que antes han empleado su trabajo.

Los dos negocios principales de fábricas de Halifax, los de Diego Akroyd é hijo, y Juan Crossley é hijos, se han convertido de ese modo en compañías por acciones. Han sido convertidas así con el propósito primitivo de recibir la cooperación de los administradores, los obreros y otros asociados á ellos; y teniendo esa mira, les han dado los directores siempre la prioridad en el reparto de las acciones.

Nos hemos referido ya á la obra filantrópica llevada á cabo por Eduardo Akroyd en el condado de York. Ahora tenemos que referirnos á la razón social Crossley é hijos, cuyas alfombras son conocidas en todo el mundo. Nos referimos á ellos con el mayor placer, por cuanto su historia contiene un episodio que probablemente añadirá algo al interés de este libro, que, por muy útil que sea, lo considerarán quizá algunos lectores algo pesado en su lectura.

El fundador de esta casa fué Juan Crossley. Pertenecía á una antigua familia del condado de York. Su abuelo, que vivía en la Cruz del Rey, cerca de Halifax, era hijo de padres respetables, y recibió una buena educación; sin embargo, no era muy afecto á los negocios. Á la verdad, pasaba la mayor parte de su tiempo en montar á caballo y en cazar. Su mujer era, sin embargo, de un carácter completamente diferente. Era laboriosa, enérgica y excelente administradora de su casa. No sólo se mantenía, sino también á su esposo y familia. Hacía esto por medio de una escuela de pupilos que tenía, una de las mejores de las inmediaciones de Halifax.

Uno de sus hijos, el padre de Juan Crossley, aprendió el oficio de tejedor de alfombras, con Mr. Webster, de Clay-Pils, con una de cuyas hijas se casó después. El mismo Juan Crossley se hizo tejedor de alfombras con su tío, y cuando hubo terminado su aprendizaje, fué á tejer con Mr. Cúrner. gran

fabricante de alfombras de Luddenden-Foot. Mientras estaba trabajando en esta fábrica, construyó su patrón una grande y hermosa casa para vivir en ella. Creyó que tenía ahorrado suficiente dinero para ello, pero las circunstancias demostraron que no era así. Mr. Cúrrer dijo á su mayordomo que había llevado la cuenta del costo hasta que hubo gastado cuatro mil libras esterlinas, y que entonces se había disgustado tanto, que quemó el libro memorándum, aunque la casa no estaba aún concluída ni con mucho. Añadió "que había hecho todo aquello por complacer á una mujer," aludiendo á su esposa. Aunque Mr. Cúrrer era un excelente hombre de negocios, era su mujer demasiado afecta á las apariencias, y la grande y hermosa casa en que había de habitar resultó ser la ruina de su esposo. Murió él poco después que estuvo terminada, y entonces se desbarató todo su establecimiento.

Después de dejar á Mr. Cúrrer, pasó Juan Crossley á Halifax para tomar la administración de la fábrica de alfombras de Mr. Job Lee, de Lówer George Yard, Halifax. Se puso á buscar una esposa, y la historia de sus amores es curiosa é igualmente interesante. Parece que los Crossley han tenido la buena fortuna de dar con excelentes mujeres, y la prosperidad de la familia se debe tanto á las Crossley, como á los Crossley.

Marta Crossley, la futura esposa de Juan Crossley, nació en Folly Hall, cerca de Ambler Thorn Bar. Su bisabuelo Tomás Túrner era agricultor. Vivía en Úpper Scout Hall, Shibden, y la alquería que ocupaba, á la entrada del valle de Shibden, existe aún. El hijo mayor fué criado en el negocio del padre. El hijo menor, Abrahán, fué educado en la agricultura, el tejer y el cardar. Se casó y tuvo tres hijos: Abrahán, Tomás y Marta. Abrahán, el mayor, fué padre de la señora Juana Crossley, perteneciente á la familia Túrner.

Abrahán fué educado también para la agricultura y la fabricación, pero debe tenerse presente que en esos días giraban los negocios fabriles en una escala muchísimo menor que ahora. Después formó sociedad con su hermano Tomás para hacer

mercaderías de estambre, pero en seguida de su casamiento se disolvió la sociedad. Se hizo propietario de la alquería de Scout, y allí crió á su familia.

Aunque Abrahán Túrner era propietario de bienes raíces, no creyó que fuese mengua permitir que su hija Marta fuera á servir á otra parte. Cuando tenía ésta unos quince años fué enclase de sirvienta á casa de la señorita Oldfield, en Warley. En ese servicio, hacía de muchacha empleada en la cocina, y ordeñaba cuatro ó cinco vacas por tarde y por mañana. Permaneció unos diez años con la señorita Oldfield. Al principio ganaba quince peniques semanales, después de dos años fué aumentada á diez y ocho peniques; y después de nueve años de servicio, llegó á seis guineas al año. Con todo, durante ese tiempo ahorró Marta Túrner treinta libras esterlinas á fuerza de economía.

Juan Crossley, el fundador de la firma social de Crossley, y esposo de Marta Túrner, fué en su origen tejedor de alfombras. Una noche, cuando trabajaba en el telar, estaba tomando su "traguito," y al querer dejar su botella negra, se le cayó y quebró. Al tratar de coger la botella, se cortó tan seriamente el brazo que se creyó que se iba á desangrar. Ya no podía trabajar más en el telar, y andando ocioso con su brazo atado y en cabrestillo, le encontró su patrón Mr. Cúrrer, y le dijo: "Juan, ¿cree usted que podría recoger un telar, ya que ahora no puede tejer?" Contestó Juan que creía que sí. Hizo la prueba y se manifestó tan hábil, que su patrón no quiso ya que volviera al telar. Juan Crossley consideraba el accidente acaecido á su brazo como el momento decisivo de su vida.

Al mismo tiempo continuaba en sus amores, aunque muy contra el gusto del orgulloso agricultor, el padre de Marta Túrner. Declaró que jamás consentiría que su hija se casara con un tejedor, ni aunque fuese mayordomo de tejedores. Quizá es mejor que reframamos la historia de sus amores con las mismas palabras de Marta.

"Cuando fui una tarde al portón, había parado allí un joven, que me preguntó si quería un galán. Yo contesté: Lo que es yo, no. ¡No quiero galanteadores! Me entré en seguida en la

casa, y le dejé. Vi frecuentemente por allí al mismo joven, pero no le hablé sino años después. Su nombre era Juan Crossley. Cuando mi patrona supo su propósito, hizo lo que pudo para prevenirme contra él. Me dijo que siendo niña, había ido á una escuela de pupilas dirigida por una señora Crossley, que el nombre de su esposo era Tomás Crossley, abuelo de este mismo hombre que me andaba cortejando, y que ella jamás había conocido un depravado más holgazán que ése. Siempre decía cuando le veía venir: "Ahí viene otra vez el joven Crossley."

"Un día recibí una carta de amor de él, que ahora podría repetir palabra por palabra. Tenía otros pretendientes, pero ninguno era tan perseverante como Juan Crossley. Insistía con tenacidad para que lo aceptara. Finalmente, me mandó una carta para decirme que había una casa desocupada en Lower George Yard, inmediata á la fábrica que él administraba, y que era una verdadera suerte poder hallar una tan á propósito. Yo le dije que iba á mi casa paterna para pasar allí el día 5 de noviembre, y que pasaría por ese camino y vería la casa, lo que efectué. Cuando fui á mi casa pedí el consentimiento á mis padres. Por el momento no hicieron grandes objeciones, pero no habían pasado dos días de mi vuelta de la señorita Oldfield, cuando ya enviaron á mi hermana Gracia para decirme que no otorgarían su consentimiento para el casamiento, y que si yo insistía en casarme con Juan Crossley, no volverían á mirarme á la cara.

"Conforme se fué mi hermana, me retiré á mi dormitorio en el estado más afligido, y abrí un libro que era el usado para prepararse á los sacramentos, y en el primer paraje en que lo abrí leí estas palabras: "Cuando tu padre y tu madre te abandonen, entonces te acogerá el SEÑOR." Esto me alentó muchísimo. Sentía que en este asunto estaba el SEÑOR conmigo, y no podía dudar por más tiempo de cuál era el sendero del deber... Me resolví á aceptar la oferta de Juan Crossley, y nos casamos el 28 de enero de 1800."

El señor Crossley no hizo en su vida nada mejor que casarse con esta excelente y noble mujer. Desde ese día en adelante fué

ella su ayuda, su auxilio, su consuelo. Ayudó á su esposo en todas sus luchas, y hasta cierto punto era ella la columna de la familia Crossley.

Después de la muerte de Mr. Job Lee, cuya fábrica de alfombras había administrado, entró Juan Crossley en compañía con otras dos personas, para tomar el edificio y continuar el negocio. Habiendo ocurrido algunas diferencias entre los socios, abandonó la compañía, y tomó en arriendo la fábrica Dean Clough, donde entró en otra sociedad con su hermano Tomás y con Diego Travers. Allí hacían el negocio de tejidos de estambre. Al mismo tiempo continuaba Juan Crossley hilando y teñiendo el estambre y dirigiendo los telares de la razón social que había dejado. El teñido y el hilar para la antigua firma formaban una parte considerable del negocio de la nueva. Ocurrió entonces una crisis. La antigua razón social retiró su trabajo: mandaban á otra parte para que la lana fuese hilada, y teñido el estambre. Fué éste un golpe serio, pero se le resistió debidamente por medio de actividad, energía y economías extraordinarias, tomando la misma señora Crossley una gran parte en los trabajos y responsabilidades de su esposo.

"Además de la fabricación de carpetas, ha dicho ella en la Memoria manuscrita de su vida, teníamos la fabricación de *chalmes* de raso liso, todo lo cual lo manejaba yo, en lo que era poner los urdimbres y tramas y recoger de los tejedores. En una época tuvimos hasta ciento sesenta tejedores sobre estas mercancías. Vendíamos la parte principal de ellas en Londres. También teníamos unos cuatro telares haciendo tejidos de tirantes y cinturones. El producto de estos telares lo vendía principalmente á los irlandeses, que los arreglaban en tirantes y los pregonaban por las calles y en el campo. También hacía y cosía todas las alfombras que vendíamos al por menor. Tenía la costumbre de levantarme para trabajar á las cuatro de la mañana, y siendo muy activa, acostumbraba ganar generalmente dos chelines antes de almorzar, hora en que mis vecinos bajaban de sus dormitorios."

La sociedad de Crossley, Travers y Crossley, duró veinte

años. Cuando hubo expirado el término, dividieron sus ganancias los socios; ascendían á cuatro mil doscientas libras esterlinas ó sean mil cuatrocientas para cada uno. No era ésta una suma muy grande para haber sido hecha en veinte años de trabajo incesante; pero la fábrica de Dean Clough no era entonces más que un negocio pequeño, y cada socio hacía su propia parte de trabajo manual en hilar, teñir y tejer. Dice la señora Crossley que "las mil cuatrocientas libras llegaron muy oportunamente." Á la verdad, sólo era un principio. Juan Crossley compró finalmente por completo la fábrica de Dean Clough. Tenía una familia de ocho hijos á quienes debía atender, y colocó á sus hijos en su mayor parte en su mismo negocio. Ellos siguieron el ejemplo de sus padres, y se hicieron hombres económicos, útiles y hourados.

Ha observado Juan Crossley, fundador de la razón social, que en el curso de su vida era un observador penetrante de los hombres y de las cosas. Dice que notó muchos de los fracasos de sus vecinos á causa de la educación de sus hijos. Algunos padres eran tan severos con sus hijos, teniéndolos tan constantemente en sus casas, y dejándoles ver tan poco de la sociedad en que vivían, que cuando morían los padres y los hijos se sentían libres de toda sujeción, salían al mundo como becerros, y hallaban todo completamente diferente de lo que esperaban. Vió el señor Crossley que esos jóvenes sin guía, eran aturdidos, perdidos, y se arruinaban. Después observó el extremo opuesto, en que los padres consentían tanto á sus hijos, que llegaban á ser completamente inhábiles para soportar las penalidades del mundo, é iguales á los buques sin timón en medio del mar, muy luego naufragaban en las costas de la vida.

Por eso se esforzó Mr. Crossley en dirigirse igualmente distinto de los dos extremos, y dar á sus hijos tanto conocimiento y experiencia de la vida como fuese posible. Cuando estaba en su casa, siempre tenía cerca de sí á uno de sus hijos; ó cuando salía de su casa, siempre llevaba consigo uno de ellos. De ese modo adquirieron mucho conocimiento práctico de la vida, y sabían algo del bien y del mal en la sociedad; y conforme

legaron á tener más edad, estaban en mejores condiciones para sacar mejor provecho de sus propias vidas.

No es necesario seguir más adelante la historia de la familia Crossley. Juan Crossley murió en 1837, después de lo cual fué dirigida la casa por Juan, José y sir Francisco Crossley, barón. El ultimo representaba el distrito oriental del condado de York cuando acaeció su muerte, hace pocos años. En 1837 compró un espléndido terreno que regaló á la municipalidad de Halifax, para ser empleado como parque para el pueblo. En el discurso que pronunció con motivo de esta donación, dijo entre otras cosas, que á menudo había discutido con su amigo el *Mayor* sobre la filosofía del dinero. "Recuerdo muy bien, añadió, una vez que tuve una discusión con él sobre ese tema, siendo veinte años más joven de lo que ahora soy, diciéndole que veía un gran vacío en los medios de adquirir dinero, que muchos se afanaban por aquello que creían que los iba á hacer felices, pero que era como una burbuja sobre el agua; no bien se la cogía cuando se deshacía... Si yo hubiera sido de noble alcurnia, dijo después, ó pudiera descubrir mi origen (como algunos en esta sala) entre aquellos que vinieron con Guillermo el Conquistador, por muy verdadero que pudiera ser, no podría haber sido bueno, hasta habría sido que pudiera haberlo hecho así (1). Pero puesto que soy de humilde cuna, quizá me sea permitido decir algo de aquellos que deben participar del honor que se acumula sobre mí. Mi madre era hija de un agricultor que vivía en su propiedad, y aun- que ésta no era muy grande, había pertenecido á la familia durante muchas generaciones. Su padre cometió el mismo

(1) Los que vinieron con Guillermo el Conquistador no son de las más antiguas sino de las familias más modernas británicas. Son los ocupantes más modernos del suelo británico. Los anglos y los sajones, cuyas tierras dividieron entre sí los normandos, ocupaban la Bretaña muchos siglos antes de la llegada del Conquistador. En los remotos valles de los condados de York y de Lanca, aun existe la antigua raza. Y así puede tener la familia Crossley una genealogía más dilatada; si tan sólo la pudieran descubrir, aquellos que vinieron con el Conquistador. Los últimos pueden trazar su origen porque su número es muy pequeño, sus propiedades tan grandes, y su introducción como propietarios ingleses relativamente muy reciente.

error que cometió Jacobo, Jacobo se inclinaba demasiado á José, y su padre se inclinaba demasiado á Maria. Mi madre tenía diez y siete años, y era de genio vivo. Dijo que no se le hacía justicia en su casa y que estaba dispuesta á abrirse camino de el mundo, cualquiera que fuesen las consecuencias. Salí en allí para tomar servicio, contra el deseo de su padre. Hoy me veo honrado con la presencia de uno que descende de la familia que la ocupó como sirvienta : me refiero á Mr. Oldfield de Stock Lane, vicepresidente del Directorio de Guardianes de Halifax. En ese servicio, y personalmente, hacía el quehacer de sirvienta de cocina, y además ordeñaba regularmente seis vacas por las tardes y por las mañanas. Asimismo, cuidaba de la casa, que estaba tan limpia como un pequeño palacio. Pero esto no era suficiente para tener ocupadas sus dispuestas manos. Su señora tomaba lana en bruto ó lana cardada para hilarla, y ella podía hacer lo que difícilmente otra hubiera hecho en Warley, hilaba esa lana en treinta y seis ovillos por cada libra, y de ese modo ganaba muchas guineas para su señora, además de desempeñar todos sus otros quehaceres (1). "

Sir Francisco continuó refiriendo la historia de su padre (como la hemos dado más arriba según su propio manuscrito), hasta el momento en que tomó la fábrica de Dean Clough. "Mi madre, añadió, fué allí con su acostumbrada energía. Al bajar al patio á las cuatro de la mañana, hizo este voto : " Si el SEÑOR nos bendice en este lugar, los pobres han de disfrutar de ello. " Es á esta promesa, hecha con tanta fe, y observada con tanta fidelidad, á lo que yo atribuyo el gran éxito que mi padre tuvo en los negocios. Mi madre siempre trataba de ver cómo cumpliría mejor ese voto. En los días que han pasado, cuando era cosa triste dar ocupación á un gran número de

(1) En estos días de petulantes pretensiones, cuando hay personas ricas que á menudo se avergüenzan de sus padres y de sus abuelos, y que se esfuerzan vanamente para demostrar su antigua nobleza, fué honesto y viril de parte de sir Francisco Crossley, el acto de referir públicamente estos hechos, y participar con su madre el honor de conferir su espléndido regalo del *Parque de Pueblo* á los vecinos de Halifax.

personas, dió el siguiente consejo á sus hijos : " No vendáis vuestras mercancías por menos de lo que cuestan, porque os arruinaríais sin beneficiar á ninguno, pero si podéis seguir adelante dando ocupación durante el invierno, hacedlo, porque es una mala cosa para un operario tener que regresar á su casa y oír llorar á sus hijos pidiendo pan, cuando no tiene cómo podérselo dar. "

Veamos ahora la manera como sir Francisco Crossley cumplió el voto de su madre. " El 10 de septiembre de 1855, dijo, dejé á Quebec temprano por la mañana, dirigiéndome á las Montañas Blancas en los Estados Unidos. Recuerdo que pasaba por uno de los parajes más hermosos que haya visto en mi vida. Al llegar al *hotel*, en las Montañas Blancas, salí solo para dar un paseo de tarde. Era un lindísimo sitio. El sol descendía cabalmente detrás del Monte Washington, en medio de todo el soberbio ropaje de una puesta de sol americana. Sentía como si estuviese caminando con Dios. ¿ Qué debo retribuir por todos los beneficios que EL me ha concedido? dije yo : SEÑOR, ¿ qué queréis que haga? La contestación vino inmediatamente. Era esta : Es verdad que tú no puedes traer los muchos miles que has dejado detrás de ti en tu patria, para que vean esta bella escena, pero podrás llevarles esta escena á ellos. Es posible arreglar de tal manera el arte y la naturaleza que puedan estar al alcance de cualquier operario de Halifax ; que él pueda ir y dar su paseo de la tarde allí, después que haya terminado la fatigosa tarea del día. Bien, ¡ parecióme una soberbia idea! Regresé al *hotel*, y mi plegaria de aquella noche fué que pudiera sentir por la mañana que mi pensamiento estaba justificado, y que se conservara mi vida para ponerlo en práctica. Esa noche dormí profundamente, y cuando me desperté fué confirmada mi impresión. El 10 de septiembre, cuando salí de Quebec para las Montañas Blancas, no tenía más idea de crear un parque que cualquiera de los que están presentes aquí pueden tener la de edificar una ciudad. El día en que volví á mi casa estaba tan convencido de que debía realizar mi pensamiento, como lo estaba de mi propia exis-

tencia. Y desde ese día hasta hoy no he cejado jamás en la empresa, cualquiera que hayan sido las dificultades que pudieran presentarse. Es para mí un día feliz haber podido ver el resultado de la inauguración del Parque del Pueblo, que hoy tiene lugar."

El Parque fué abierto para el público en agosto de 1857 (1). Tres años después, se colocó en el Parque una hermosa estatua de sir Francisco Crossley (hecha por Mr. José Durham), de modo que todos los que lo visiten pueden ver la fisonomía del donante, mientras contemplan el magnífico regalo. El importe de la estatua fué costado por subscripción pública en la cual se unieron personas de todos los partidos políticos. La terminación de la estatua fué retardada por la revolución de Italia, que colocó á Víctor Manuel en el trono de aquel país. Cuando los canteros de Carrara estaban desenterrando el trozo de mármol en que se había de esculpir la estatua, fueron excitados por los gritos de *Libertad*, unidos al nombre de Garibaldi, y abandonaron su trabajo para unirse á la bandera de ese caudillo victorioso. Al frente de la estatua está la siguiente inscripción: "Esta estatua de sir Francisco Crossley, individuo del Parlamento por el distrito occidental del condado de York, donante del Parque del Pueblo, fué erigida el 14 de agosto de 1860, por los habitantes de Halifax, su pueblo natal, como tributo de gratitud y de respeto hacia aquel cuyos beneficios públicos y virtudes privadas merecen ser recordadas."

Pero el voto de Marta Crossley no estaba aún cumplido por completo: "Si el Señor nos bendice en este lugar, los pobres han de disfrutar de ello." Eso fué lo que prometió al entrar su esposo en posesión de la fábrica de Dean Clough; y sus hijos han cumplido noblemente su promesa. En 1864 se convirtió en una compañía por acciones el vasto negocio de Juan Crossley é hijos, con todas sus fábricas, maquinarias, planta de edifi-

(1) El Parque está situado en el centro de la villa de Halifax, y cubre un espacio de terreno de doce acres y medio. Costó á sir Francisco Crossley treinta y cinco mil libras esterlinas, quien dió además á la municipalidad seis mil trescientas libras esterlinas para que fuesen colocadas para su conservación.

cios, almacenes, y todo el material, en Halifax, Hidderminster, Manchester y Londres. Se formó la compañía con el objeto primero de recibir la cooperación de todos los que estuvieran asociados en el negocio, y luego, de asegurar un espíritu de armonía de bienestar material y la utilidad pecuniaria de los operarios, dependientes, administradores y demás interesados en el asunto. Para habilitar á los obreros á poder entrar en el negocio, se les prestó una gran cantidad de dinero con el fin de que tomaran acciones reversibles en la compañía; y los operarios las tomaron en mucha cantidad. Siempre se daba la preferencia á los administradores y á los operarios; y la cantidad de acciones pedidas por ellos fué invariablemente concedida por completo.

Los resultados de este sistema han probado ser sumamente satisfactorios; los directores informan que "ha sido alistada completamente la activa resolución de todos aquellos que son necesarios para asegurar el éxito. Reclaman la originalidad en su método de asegurar el interés directo de los empleados y se alegran poder decir que el sistema ha realizado con mucho sus más elevadas aspiraciones(1)." Actualmente tienen los empleados acciones en la compañía, por valor de treinta mil libras esterlinas; y el banco de depósitos, fundado exclusivamente para uso de los operarios, ¡contiene dineros ahorrados que ascienden á más de diez y seis mil libras esterlinas! Y de esa manera ha sido cumplido amplia y noblemente el voto de Marta Crossley, de que los pobres disfrutarían de la prosperidad de Juan Crossley é hijos!

Una de las empresas cooperativas que más prometen, establecida por los patronos para beneficio de sus operarios, fué la de los señores Briggs é hijo, de las carboneras de Whritwod, cerca de Wakefield. Las carboneras fueron convertidas en 1865 en una compañía limitada. Los operarios de la carbonera fueron asociados en el negocio hasta el punto de que cuando las ganancias divisibles provenientes del negocio, en cualquier

(1) Informe de la Exposición Universal de París, 1867, vol. VI, pág. 119-141.

año, después de señalar lo prudencial por la depreciación, excedieran del diez por ciento sobre el capital empleado, todos los empleados por la compañía recibirían la mitad del exceso de esa ganancia como propina, para ser distribuida entre ellos en proporción con lo que ganaran respectivamente durante el año. El propósito de los propietarios era poner término á las huelgas, que algunas veces habían puesto sus vidas en peligro, y también para ponerles en condición de vivir en mejores términos con sus operarios. Los mineros de carbón fueron invitados á hacerse accionistas, y de ese modo á tener interés en la prosperidad del negocio.

El proyecto fué recibido muy favorablemente por los amigos de la cooperación. Mr. Juan Stuart Mill anunció en sus Principios de Economía Política que "los señores Briggs habían dado el *primer paso*; y que era altamente honroso por parte de aquellos que empleaban el trabajo, el haber iniciado un sistema tan beneficioso, tanto para el operario empleado como para los intereses generales del progreso social." Mr. Hughes, individuo del Parlamento, expresó su sorpresa después de haber visitado las carboneras, por el grande éxito alcanzado en el primer año de haber explotado las carboneras como sociedad industrial. "Yo creo, dijo á los propietarios, que al haber dado este paso habéis hecho una grande obra para Inglaterra, y que será reconocida con gratitud por el país antes de mucho tiempo." Los promotores reclamaron también un premio de la Exposición Universal de París, por haber sido "los primeros patrones en Inglaterra que ocupando un gran número de operarios, habían consentido que todos sus obreros, ya fueran ó no accionistas con ellos, tuvieran participación en todos los dividendos de ganancias que pasasen de un tanto por ciento prefijado sobre el capital empleado por la Compañía.

Pocos años han pasado y ya ha dejado de existir esta sociedad industrial, que tanto prometió. No ha cesado por los patrones, sino por los obreros. Los dueños estaban satisfechos con las ganancias que se hacían durante los recientes precios elevados del carbón, pero los operarios no estaban satisfechos

con los salarios. Si ellos hubieran sido tan libres como los mineros de carbón de Gales, habrían insistido en ser pagados á precios más subidos, pero como aconteció en Gales, habría sido ruinoso para los patrones. Al fin tuvo que ser abandonado el sistema de sociedad industrial, y los operarios trabajan ahora á sueldo en vez de hacerlo por la parte de ganancias. La verdad es que los mineros carboneros no estaban suficientemente educados para apreciar las ventajas de aquel plan industrial. Aunque algunos de los operarios de Whitwood fueron alentados por el ahorro para edificar y amueblar casas propias, el mayor número de ellos malgastaron sus salarios en frivolidades, prodigalidad é intemperancia, durante la reciente época de abundancia.

Por varias casas ocupadas en el comercio del hierro se hizo también la prueba de incorporar los principios de la cooperación en sus respectivos negocios. Entre éstas estaban la firmas de Greening y C.^a, de Mánchester, y Fox, Head y C.^a, de Middlesborough. Los experimentos fueron hasta cierto punto llevados á cesar por la codicia ó la holgazanería de los mineros carboneros, quienes han destruído para algún tiempo el comercio del hierro. Los señores Greening y C.^a lo emprendieron con mucho entusiasmo, y los resultados fueron muy favorables por lo que hace á los operarios. Nada podía haber sido mejor que el espíritu de buena voluntad, y hasta de consagración, que fué desplegado por muchos de ellos. Pero desgraciadamente se hicieron contratos por la administración, cuyos resultados fueron una serie de pérdidas, y el negocio terminó por una liquidación. Dice el señor Greening que "las Sociedades Distributivas han tenido hasta ahora mucho más éxito que las Sociedades Productoras;" pero espera que verá á estas últimas coronar el edificio haciendo que los operarios no sean sirvientes por más tiempo, sino consocios del capital.

La firma social de Fox, Head y C.^a también admitió á sus operarios como socios en las ganancias. Por algún tiempo habían sido muy molestados con las huelgas. Sus fábricas habían estado paradas una cuarta parte del tiempo que

había transcurrido desde que principiaron á funcionar. En 1866 fué adoptado el sistema de la cooperación, después de concluir una larga huelga. Una de las condiciones de este negocio era que Fox, Head y C.^a no formarían parte de ninguna asociación de patrones, y que los operarios no pertenecerían á ninguna unión de obreros. El propósito primordial era pagar á los operarios un dividendo conforme con las utilidades. Adoptaron el plan de los señores Briggs y C.^a, que consistía en dividir las ganancias que pasaran de diez por ciento, en dos partes: una que correspondería á los capitalistas con sus utilidades, y la otra que sería dividida entre todos aquellos que hubiesen recibido sueldos ó salarios durante el año, en proporción con la cantidad recibida. Se facilitó también á los operarios la oportunidad de depositar sus ahorros en la casa, pero como en tres años no hubo más que un solo caso de que un operario depositara sus ahorros, fué retirada esta cláusula.

Á consecuencia del estado precario del comercio del hierro, no hubo utilidades que repartir en los dos primeros años. Á los obreros se les pagaba, sin embargo, el salario corriente, y se les ahorró los gastos de las cuotas para las Ligas. El capital cooperativo que había sido establecido por los operarios, estaba en condiciones muy prósperas. El tercer año de la empresa cooperativa se repartió á los patrones y empleados un dividendo de dos y medio por ciento. Los operarios recibieron también un adelanto de cinco por ciento en salarios. En el cuarto año aumentaron un diez por ciento los salarios de los operarios, y esto quitó la nata de la leche. Con todo, sobre los sueldos y salarios recibidos por los empleados durante ese año, se pagó un dividendo de cuatro por ciento. En la asamblea que tuvo lugar para comunicar el resultado del negocio durante el año, dijo Mr. Head:

“ No faltará quien crea que la tendencia de nuestra conducta ha sido demasiado sentimental. No creo en el hecho de hacer negocios fundados en principios sentimentales. Pero sostengo que el mero hacer dinero no es el único fin de la exis-

tencia. Hemos estado asociados con muchos de vosotros durante varios años, y no podemos dejar de sentir vivo interés por vosotros. Después de todo, la vida no es tan larga. Otros veinte ó treinta años nos verán á todos debajo de tierra, y habrá otros patrones y otros operarios que llevarán adelante los negocios en las fábricas del distrito de Newport. Sería realmente extraño que no tomásemos algún interés por aquellos con quienes estamos tan asociados. Por eso, y sin relajar en lo más mínimo la disciplina, ni sacrificando ningún principio puro del comercio, lo consideramos como nuestro deber como patrones, así como es vuestro deber de empleados, tener presente los intereses de cada uno, y hacer todo lo que cada uno de vosotros pueda realizar en la cooperación más sincera y vigorosa. ”

La carestía del carbón principió á hacerse sentir para los operarios en hierro. Los hornos eran apagados á veces por falta de carbón. Las causas principales de la mala provisión de carbón procedían de las menos horas de trabajo y de los mayores salarios. Sin embargo, en el año de 1871 se dió un dividendo de tres y un cuarto por ciento sobre los sueldos y salarios recibidos por los empleados. Los capitales cooperativos continuaban siendo muy productivos, y muchos de los socios ahorraron considerables sumas de dinero. En el año siguiente se repartió un dividendo de tres y medio por ciento. Pero había dificultades en expectativa. Continuaba la carestía del carbón. Los que empleaban trabajadores tuvieron reuniones para resistir á los sucesivos aumentos de los salarios y para frustrar las operaciones de las Ligas de obreros.

Mr. Head aconsejaba con insistencia á los operarios que se sostuvieran unidos: “ Cesad de ser alucinados, les dijo, por estas Ligas de obreros. Economizad todo lo que podáis, y con vuestros ahorros proveed contra la época de enfermedad, día que es seguro que vendrá antes ó después. Proveed para la ancianidad; leed buenos libros, ahora tenéis toda clase de oportunidades, con una biblioteca libre en el pueblo. Creed que otros desean ser honrados y rectos lo mismo que vos-